

El mosaico: historias de supervivencia

Trinidad Pasíes Oviedo

Resumen: Son numerosos los problemas que afectan a la conservación y restauración de los pavimentos de mosaico. Muchos han sido provocados a lo largo de los siglos por el propio hombre, ya sea a consecuencia de actuaciones erróneas o por el dramático abandono que ha ocasionado que muchas piezas hayan desaparecido. El elevado peso y el gran tamaño de estas obras es a menudo un inconveniente para su correcta conservación. Pero el más grave de los problemas es la escasez de proyectos que apuesten por la conservación *in situ*, donde se respete a los mosaicos como obras pertenecientes a un contexto arquitectónico concreto, inseparable de su soporte original, y donde se desarrolle sin obstáculos un plan de mantenimiento a largo plazo que garantice la protección de estos pavimentos.

Palabras clave: Mosaico, factores de alteración, conservación *in situ*, mantenimiento.

Resumo: São numerosos os problemas que afectam a conservação e restauro dos pavimentos de mosaico. Muitos deles foram provocados pelo próprio homem, ao longo dos séculos, quer como consequência de actuações erradas, quer por abandono dramático que causou o desaparecimento de muitas obras. O peso elevado e as grandes dimensões destas obras são, frequentemente, um inconveniente para a sua correcta conservação. Mas o mais grave dos problemas é a escassez de projectos que apostem na conservação *in situ*, onde os mosaicos sejam respeitados como obras pertencentes a um contexto arquitectónico concreto, inseparáveis do seu suporte original e onde seja desenvolvido um plano de manutenção, a longo prazo, que garanta a protecção destes pavimentos.

Palavras-chave: Mosaico, factores de alteração, conservação *in situ*, manutenção.

Abstract: The problems which affect the preservation and the restoration of the mosaic pavements are numerous. Many of them were caused throughout centuries by human factors, although it's a consequence of erroneous actions or as a result of the great neglect, which caused that many pieces now have disappeared. The heavy weight and the important size of these pieces is often an inconvenient for its correct preservation. But the most serious of these problems is the shortage of projects which bet on the preservation *in situ*, where the mosaics are more respectfully handled and considered as pieces belonging to a real context architectural, inseparable of its initial support, and where we can develop without obstacles a plan of maintenance for long term which can warrant the protection of these pavements.

Keywords: Mosaic, alteration's factors, preservation *in situ*, maintenance.

El hallazgo de un nuevo mosaico es siempre motivo de satisfacción; para el arqueólogo una pieza importante en su lista de hallazgos, para el político una nueva ocasión para presentarse ante los medios y hacer notar sus buenas intenciones en defensa del patrimonio, para el historiador del arte una pieza más sobre la que investigar y reflexionar, para el periodista un noticia sobre la que llamar la atención de sus lectores. Lo cierto es que a ellos les basta simplemente una fotografía para poder dar testimonio del hallazgo, hablar ante la prensa, realizar sus estudios, establecer las oportunas relaciones estilísticas o escribir sus artículos. Ese es su trabajo. Pero, ¿y para el conservador? Pues bien, para nosotros el descubrimiento de un mosaico es igualmente motivo de satisfacción, pero también una preocupación para toda la vida. Porque el mosaico es más de lo que se puede

representar en una imagen, leer en un artículo o escuchar en un discurso; es en sí una obra de arte viva, independientemente de si representa con espléndido colorido una escena mitológica o si se trata sólo de una pieza bícroma con sencilla decoración geométrica. Nuestra responsabilidad es la de garantizar la correcta conservación de nuestro patrimonio histórico. Un gran reto para el que a menudo no solemos estar preparados. Quizá porque las soluciones no son fáciles, aunque la teoría nos diga lo contrario.

Los profesionales dedicados al campo de la conservación y restauración de mosaicos nos encontramos a menudo con muchas dificultades para poder realizar intervenciones con rigor científico, que aborden todos los problemas que plantea la conservación de los restos arqueológicos [figura 1]. Desde la documentación, los estudios previos y los procesos de intervención, a la puesta en valor, protección y musealización del área arqueológica. Conocemos la teoría, esa que recomienda la conservación *in situ* de los pavimentos dentro de su contexto original y sobre la cual ya hacía referencia Cesare Brandi en la *Carta del Restauro* de 1972¹.

Pero la teoría nos ha enfrentado en multitud de ocasiones a la dura realidad y para buscar soluciones de conservación efectivas las palabras entonces no sirven, sirven los hechos. Y, ¿qué nos dicen los hechos? Estos nos hablan de falta de previsión, de proyectos lanzados al aire que nunca acaban por materializarse, de voluntades interesadas que a menudo llegan tarde, de decisiones apresuradas, de condicionamientos políticos, económicos, especulativos, de prisas o de falta de colaboración y acuerdo entre profesionales. A eso podemos unir un problema educacional de base, de escasa conciencia social y respeto hacia los hallazgos arqueológicos en beneficio de un progreso descontrolado. En sus máximas consecuencias esto conlleva en ocasiones a la actuación indiscriminada de expoliadores o vándalos que, sin miramientos, atentan contra nuestro patrimonio. En definitiva: el factor humano como principal causa de alteración de las piezas, ya sea con actitudes activas o pasivas, como bien nos recordaba Roberto Nardi, que de forma irónica nos planteaba una acertada reflexión: *“Entre las varias categorías de humanos, agricultores-militares-constructores-contaminadores-ladrones, una en particular resulta extremadamente activa, directa o indirectamente, en la degradación del mosaico: la categoría de aquellos institucionalmente dedicados a la salvaguardia del patrimonio musivo, por aquello que hacen mal o por aquello que no hacen.”* (Nardi 1994: 575).



Figura 1. Descubrimiento de un fragmento de mosaico en el Pujolet de Santa (L'Alcora, Castellón)

Los conservadores-restauradores no estamos por tanto exentos de culpa; la falta de formación específica, los tratamientos en exceso invasivos o el pasar por alto algunos de los criterios que deben regir en cualquier intervención sobre patrimonio arqueológico, son sólo algunos de los factores en los que hemos contribuido para que la supervivencia de los mosaicos a lo largo de los siglos no haya sido fácil ni digna.

Multitud de problemas palpables y una única víctima inocente: el propio mosaico. No dudamos en absoluto que si muchas de las figuras que se representan en tan magníficas obras musivas pudieran hablarnos, suplicarían que las dejásemos seguir disfrutando de su eterno letargo. Y no porque ese fuera su ideal. Su deseo, sin duda, sería volver a ser objeto de admiración por parte de aquellos por los que fue creado. Sin embargo, no es así. Quizá por miedo a que se repitan muchas de las dramáticas situaciones que otros muchos mosaicos han tenido y tienen que seguir sufriendo: desaparecidos, abandonados, arrancados a pedazos de su ubicación original, anclados por el peso del cemento, escondidos en almacenes o colgados en la bonita pared de un museo.

Pasemos entonces de las palabras a los hechos. Aquellos que nos ayuden al menos a entender y justificar, en la medida de lo posible, la situación con la que nos encontramos hoy en día. Quizás influya el que, a diferencia de otras técnicas artísticas, el arte del mosaico no es una disciplina que haya perdurado siempre con éxito a lo largo de los siglos. El *opus tessellatum* tuvo en Occidente su periodo de máximo esplendor en época romana, siendo recogido y trasladado a los muros por los artesanos bizantinos desde el siglo VI. Pero más allá de estas manifestaciones, apenas han surgido movimientos artísticos en la actualidad que hayan empleado este arte de pequeños elementos como inspiración, siendo siempre superados por el recurso de la pintura o la escultura. Esto, desde nuestro punto de vista, es un dato muy significativo que explica actualmente no sólo la falta de artistas dedicados al mosaico, sino la limitada formación que se ofrece a nivel universitario en materia de su conservación y, consecuentemente, la escasez de profesionales especialistas, de investigaciones y de bibliografía específica.

De hecho basta citar algunos datos históricos, ya que el estudio del mosaico a nivel científico, como un arte con características propias, es relativamente reciente. La AIEMA (*Association Internationale pour l'Etude de la Mosaïque Antique*), es la primera institución dedicada a este campo de investigación. Se funda en 1963 y su primer boletín aparece en 1967. Hasta su creación, el interés general por el antiguo arte del mosaico se centraba únicamente en las piezas figuradas; es sólo a partir de este periodo cuando desde la propia institución se aboga por poner también de relieve los suelos con decoraciones geométricas. Sin embargo, la AIEMA sólo se dedicaba al estudio de los mosaicos, pero no a su conservación. Analizando la caótica situación que caracterizaba a los pavimentos musivos, especialmente en la región del Mediterráneo, en 1977 el ICCROM organiza en Roma el primer encuentro de especialistas con el italiano Paolo Mora a la cabeza y crea el ICCM (*International Committee for the Conservation of Mosaics*), que es actualmente la asociación internacional de referencia en temas que afectan a la conservación del mosaico. De ese primer encuentro sale una primera publicación: *Mosaics n° 1: Deterioration and Conservation* (Roma 1978), a las cuales seguirían otras en años posteriores. Hagamos cuentas: estamos hablando de sólo 30 años de políticas de conservación dedicadas exclusivamente al campo del mosaico.

Hasta ese momento, por desgracia demasiado reciente, el estado de conservación de la musivaria a nivel internacional era, como algunos autores han llegado a calificar de “desastre general” [figura 2]. Durante siglos han sido numerosas las piezas que, a menudo de forma casual por remociones del terreno, iban apareciendo en distintos lugares. Muchos de estos hallazgos se han perdido irremediablemente. De algunos conocemos su existencia porque de ella se dejó constancia escrita, pero poco más². Otros tuvieron un poco más de suerte y al menos conservamos algún dibujo que, aunque simple y a menudo impreciso, es la única imagen que nos queda como recuerdo. En ocasiones, ya cuando el arte de la fotografía había hecho su aparición, lo que tenemos son imágenes reales, quizá éstas por lo cercanas en el tiempo incluso más tristes de ver ya que, en cualquier caso, el final es el mismo: un largo expediente de desaparecidos. Es posible que muchas piezas sucumbieran ante la tentación que suponían los beneficios obtenidos a través del tráfico de obras de arte, especialmente en los tiempos en los que no existía una legislación eficaz en materia de protección patrimonial. Tentado estuvo por ejemplo el propietario del mosaico de las Nueve Musas hallado en Moncada en 1920 cuando alguien le recomendaba: “*Això, en quatre lligonaes, ho arreplega vostè en caixons, ho envia a Novayor, i li donen una fortuna!*” (¡Eso, con cuatro “legonadas”, lo recoge

usted en cajones, lo envía a Nueva York, y le dan una fortuna!) (Gómez 1923: 55-56). Por fortuna en esta ocasión no sucedió así y actualmente se conserva en el Museo de Bellas Artes San Pio V de Valencia. Tampoco pasó la frontera el mosaico de los Trabajos de Hércules de Liria, conservado desde 1941 en el Museo Arqueológico Nacional, al cual el propietario vendió “*por la irrisoria cantidad de 25.000 pts., cuando por él había ofrecido un extranjero 23.000 dólares, que el Sr. Porcar rechazó, porque siempre se opuso a que de España saliera*” (Martí 1986: 379).



Figura 2. La falta de mantenimiento provoca el acusado deterioro de muchos pavimentos. Fotografía tomada en 2008 en el área arqueológica de Delos (Grecia).

Tenemos documentados algunos casos de mosaicos descubiertos en los siglos XVIII y XIX en donde al menos sí existió un proyecto o una intención de conservación de las piezas, construyendo cubiertas o estructuras que protegiesen los restos. Pero ese nunca debe ser el fin, sino el principio de un proyecto a largo plazo. De lo contrario, sin una preocupación por mantener, la conservación de los mosaicos es una total utopía. Citaremos dos de estos ejemplos: en primer lugar, el caso del conocido mosaico de Baco, aparecido en Sagunto en 1745, cuya espectacularidad al parecer atrajo la atención del propio monarca Fernando VI que mandó construir una caseta de protección, la cual sin embargo resultó inútil, tal y como nos relata desalentado Antonio Ponz, en algunas líneas de su *Viaje por España*.

El segundo caso nos sitúa un siglo después, en la denominada villa de Algorós de Elche; del magnífico conjunto de mosaicos descubiertos sólo conservamos en la actualidad los dibujos que realizara Aureliano Ibarra y Manzoni en el siglo XIX (Ibarra 1879: 178-211, láms. XIV-XXIII). De los 9 pavimentos descubiertos en esta zona rural durante las campañas de excavación llevadas a cabo entre 1861 y 1862 sólo dos llegaron a protegerse, gracias a que el propietario del solar, D. José Parreño, donó los terrenos a la Academia de la Historia y se reunió el dinero suficiente para poder construir una caseta que resguardase estas dos piezas. Sin embargo, ya sabemos que sin operaciones de mantenimiento un mosaico tiene pocas opciones de supervivencia. Esto lo adivinaba ya el propio Ibarra vaticinando que, “*falta de las restauraciones indispensables para darle solidez y duración sufre de día en día mayores desperfectos haciéndonos temer por su total destrucción*” (Ibarra, 1879: 209). Se refería en concreto a uno de los mosaicos más interesantes, el de Galatea, y sus pronósticos fueron del todo acertados. Es difícil sobrevivir cuando apenas se tienen medios ni se dispone de especialistas en conservación. Ante una situación como ésta no quedaba otra salida: para llegar a conservar algún resto había que extraerlo. Pero en esas fechas, desde luego, quedaban años para que en España se introdujeran las nuevas técnicas de extracción con entelados que, desde mediado el siglo XIX, habían empezado a utilizar los italianos. No es extraño entonces que las extracciones fueran operaciones arriesgadas que implicaban un daño seguro sobre los originales. Los hechos nos corroboran esta afirmación: del mosaico de Galatea se arrancaron los fragmentos más significativos, en concreto el busto de Galatea, actualmente conservado en el Museo Arqueológico Nacional, y la cartela donde se escribe su nombre, que se guarda en Museo Arqueológico de Elche. Los únicos supervivientes, ahora por desgracia dispersos, de todo el magnífico conjunto de mosaicos aparecidos en la villa de Algorós [figura 3].



Figura 3. Arriba: dibujo del mosaico *opus tessellatum* aparecido en el siglo XIX en la villa de Algorós de Elche (Ibarra 1879: Lám. XIV) con señalización de los dos fragmentos conservados. Izquierda: busto de Galatea conservado en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Derecha: fragmento con la cartela de Galatea en el Museo Arqueológico de Elche.

Este caso, aparte de incrementar la lista de desaparecidos, nos avanza otros problemas inherentes a la conservación de nuestros mosaicos que merece la pena destacar. Primero no podemos obviar la crítica al hecho de que dos fragmentos del mismo mosaico, que pertenecen además al mismo emblema figurativo, se conserven actualmente en dos colecciones museográficas distintas. Un claro ejemplo de cómo la descontextualización de los hallazgos puede llegar a su máximo exponente. El segundo aspecto es también digno de reflexión; nos referimos a lo podríamos denominar la recogida selectiva de materiales, es decir, el hecho de proteger o salvar únicamente los restos con algún motivo figurativo de especial relevancia. Es una constancia histórica el que, a lo largo de los siglos, los únicos pavimentos musivos que han merecido cierto nivel de atención y consecuente protección han sido aquellos que desarrollaban algún tema iconográfico, despreciando por lo general los excepcionales conjuntos con decoraciones geométricas. No debemos retroceder mucho para encontrar testimonios reales de esta indiscriminación sin paliativos: de los mosaicos aparecidos en 1950 en pleno casco urbano de Valencia, en la calle Reloj Viejo, sólo conservamos en la actualidad el pavimento con la representación de la Medusa, que fue extraído y actualmente se expone en el Museo de Historia de Valencia. Sin embargo, tenemos constancia fotográfica y documental de que en el mismo solar aparecieron otros mosaicos geométricos que posiblemente llegaron incluso a extraerse, aunque algunos años después que el mosaico de la Medusa (Pasís 2005: 180-183). No obstante, si es que realmente llegaron a sobrevivir, desconocemos hoy en día el paradero de estas piezas.

No olvidemos que, tal y como ya comentamos, hasta la creación en 1963 de la AIEMA era habitual darle muy poca importancia no sólo a la conservación, sino incluso al estudio de los mosaicos no figurados. Esta sigue siendo una asignatura pendiente incluso hoy en día, cuando ya muchas voces se han lanzado en la defensa de la importancia del estudio de estos pavimentos para el conocimiento del propio arte del mosaico en el mundo romano, cuando son a menudo estos campos geométricos los que mejor nos pueden hablar de los propios talleres locales con un estilo muy característico, permitiéndonos así establecer relaciones estilísticas que, sin duda, enriquezcan nuestra información sobre estas itinerantes maestrías especializadas.

No es de extrañar que estas situaciones se hayan repetido en el transcurso de los siglos, sobre todo en unas épocas en la que no existían leyes de protección del patrimonio y en las que la preocupación por nuestro legado histórico no era precisamente algo habitual, sino más bien extraordinario. De hecho, los contados ejemplos de supervivencia de mosaicos que de épocas pasadas conservamos en la actualidad, son gracias a la voluntad y el inusitado sentimiento de amor hacia las antigüedades del que hicieron gala algunas personalidades, no sólo estudiosos sino incluso propietarios de muchos terrenos y fincas que en el momento justo, sin que entonces les fuera por nadie exigido, fueron capaces de dar aviso y testimonio de sus hallazgos a instituciones de mayor competencia para que se pudieran salvar los restos. Citaremos sólo el ejemplo de un mosaico sobre el que ya hemos hecho mención:

Año 1917, fecha del descubrimiento de una de las piezas más interesantes de la musivaria hispanorromana: el mosaico de los Trabajos de Hércules. Esta pieza fue descubierta mientras se realizaban obras en la casa de Don Francisco Porcar, en la localidad de Liria. Cuando el propietario se dio cuenta del hallazgo se afanó en limpiarlo, lo conservó *in situ* y durante varios años acudieron numerosas personalidades para admirarlo [figura 4].

“Innumerables serían las listas de personas que visitaron en el huerto del Sr. Porcar el mosaico, destacando el Cardenal Benlloch, los hermanos Benlliure, Schulten, etc., etc. Digno de recordación es el gesto de un italiano llamado Sabatini, residente en Valencia, que fue quien lo limpió y siempre que tuvo noticia del desplazamiento a Liria de alguna destacada personalidad, acudía él también, con el fin de limpiarlo para que resaltasen los diferentes matices colores” (Martí, 1986: 379).



Mariano Benlliure contemplando el mosaico liriano.

Figura 4. Imagen del mosaico de los Trabajos de Hércules de Liria en su ubicación original (Martí 1986: 381)

Un auténtico ejemplo de conservación y mantenimiento, digno de reconocimiento al tratarse de los primeros años del siglo XX, cuando la realidad dictaba un fin bien distinto para los mosaicos. Por desgracia, a la lista de causas que dificultan cualquier intención de conservación *in situ* de los restos musivos hemos de añadir las provocadas por la tragedia de los acontecimientos bélicos y este mosaico no fue una excepción: en 1941 “*tras desagradables y lamentables gestiones*”, tuvo que ser extraído y vendido al Museo Arqueológico Nacional, donde hoy se conserva.

Por el momento una conclusión queda bien clara: hasta fechas bien recientes la única posibilidad de supervivencia para los pavimentos de mosaico ha sido precisamente su extracción. Durante muchos años salvar no era sinónimo de conservar *in situ*, sino de arrancar, una afirmación que bien podríamos extender a nuestros días, conociendo de primera mano el día a día con el que nos enfrentamos los profesionales en este campo. Sólo hay que pararse a pensar en qué tipo de trabajo tenemos más experiencia como restauradores de mosaicos; seguro que la respuesta no es la práctica en conservación *in situ*, sino precisamente lo contrario, en los procesos de extracción y traslado a nuevo soporte. En arqueología urbana suelen a menudo primar los privilegios otorgados al sector de la construcción antes que aquéllos que afectan a la conservación de los restos arqueológicos. Incontables los ejemplos de piezas que, a lo largo de los años, habrán quedado enterradas, han sido destruidas o, en el mejor de los casos, arrancadas si tenían la desgracia de obstaculizar las obras ya sea dentro de un casco urbano o de una zona rural⁴. Lo mismo sucede si nos referimos a la construcción o mejora de carreteras o nuevos tramos ferroviarios⁵. De hecho, cuando los restos arqueológicos se ubicaban en zonas de cultivo o de edificación, los principales problemas eran precisamente los graves deterioros ocasionados por los continuos movimientos del terreno, cuando la ignorancia y la irreflexión apenas daban oportunidades de conservación a las piezas⁶. Son los casos en los que es difícil conciliar progreso y arqueología. El yacimiento de los Baños de la Reina de Calp (Alicante), situado en primera línea de playa en un enclave turístico de primer orden, es un

auténtico ejemplo de supervivencia que afecta especialmente a la conservación de sus mosaicos, que desde su descubrimiento, ya con las primeras noticias de Gaspar Escolano en el siglo XVII, se han visto atacados por una continua secuencia de arranques, abandono, especulaciones, problemas judiciales y catástrofes naturales que, obviamente, los mosaicos han sufrido sin merecimiento (Pasíes 2007).

¿Cuál es el legado que tenemos entonces en la actualidad y en qué condiciones se encuentra? Pues bien, muchos son los conjuntos que afortunadamente se conservan en la misma ubicación donde fueron descubiertos y forman parte de áreas arqueológicas puestas en valor, que ya han sido musealizadas. De todas formas, cuando decimos que se conservan en su mismo contexto no nos referimos precisamente a que se mantengan siempre en sus condiciones originales. Lo cierto es que, durante años, la práctica más habitual era la extracción de los mosaicos y su recolocación *in situ* con nuevo mortero, eliminando de forma irreversible los estratos preparatorios subyacentes y con ellos una valiosísima información sobre la técnica de ejecución de los pavimentos [figura 5]. Y cuando hablamos de un nuevo mortero nos referimos generalmente al cemento.

El cemento, empleado como soporte en mosaicos arrancados, ha venido utilizándose con el sistema de bloques incluso desde final del siglo XIX⁷. Mediado el siglo XX, con la apertura al público de diversas áreas arqueológicas, se recurre al cemento para la preparación de soportes fijos realizados *in situ*, aunque posteriormente se volvería al sistema de piezas móviles que facilitaban un posible movimiento de las obras. Los deterioros que este tipo de intervenciones han ocasionado en los mosaicos han sido numerosos: difícil reversibilidad, daños a consecuencia de las armaduras metálicas, visible división de los bloques, alto contenido en sales solubles, ataque biológico, etc. A ello podemos sumar los problemas derivados a consecuencia del peso añadido, convirtiendo a menudo las piezas en lastres difíciles de manejar⁸.



Figura 5. Proceso de extracción de pavimentos *opus sectile* de Sagunto en 1956 (Archivo S.I.P. del Museo de Prehistoria de Valencia).

Muchas veces hemos visto convertidos a algunos mosaicos en pedazos irreconocibles de lo que un día fueron; diseminados como piezas de un gran puzzle los encontramos amontonados en almacenes o simplemente a la vista del público [figura 6]. Sin embargo, sin caer en una crítica irreflexiva, nos podríamos preguntar lo siguiente: ¿qué habría sido de estos mosaicos si en su momento no se hubieran extraído y consolidado en cemento? Pues bien, la respuesta puede ser dura, pero lo cierto es que muy posiblemente hubieran seguido el mismo destino que tantas y tantas piezas que sufrieron algo peor que el temido cemento: ser abandonados para terminar por desaparecer. De hecho, no podemos negar que si hoy en día muchos mosaicos se han salvado de la ruina segura ha sido, precisamente, porque fueron intervenidos según estos métodos que, recordemos, fueron durante muchos años los únicos que ofrecían ciertas garantías para la supervivencia de los pavimentos.

Si seguimos un poco más con esta reflexión nos daremos cuenta de que, salvando las distancias, esta metodología es precisamente la misma que habitualmente llevamos a cabo hoy en día, aunque ya no con cemento, sino con materiales supuestamente más estables y reversibles, aunque no siempre compatibles con los originales. Lo cierto es que, con independencia del producto empleado, la consecuencia vuelve a ser la pérdida irreversible de una parte consustancial del propio pavimento, que deja de ser un conjunto de estratos para convertirse en una única superficie, la de las teselas. El mosaico se ve así despojado de su condición de pavimento, cuando formaba parte estructural de un contexto arquitectónico concreto, para resaltar ahora únicamente su aspecto estético, aquél que es más agradable y comprensible a la visión del espectador. Una nueva descontextualización a la que, por desgracia, estamos acostumbrados.

Habitual nos parece igualmente el hecho de ver numerosas piezas musivas colgadas de la pared, como si de cuadros pictóricos se tratara, una práctica de la que son principales culpables dos factores totalmente incompatibles: el gran tamaño de los pavimentos y el reducido espacio de nuestros museos. Estos dos aspectos, a menudo irreconciliables, han provocado en ocasiones dentro de algunos museos situaciones incomprensibles, donde el respeto hacia la obra original queda en segundo plano, como los casos donde vemos mosaicos que, al superar su tamaño la altura de las paredes, han sido partidos y continúan en el suelo.



Figura 6. La imagen original de un mosaico queda totalmente desvirtuada cuando se conserva seccionado en múltiples placas de cemento. Fotografía tomada en 2005 en el área arqueológica de Cartago (Túnez).

Otro grupo de supervivientes que tampoco podemos olvidar es el de las numerosas piezas que, empleando una recurrente expresión “se han quedado a medias”; es decir, han sido extraídas y se guardan seccionadas en los almacenes de diversas colecciones museográficas, en espera de una no se sabe cuándo inminente restauración. ¿Cuál es el periodo de efectividad de nuestros engasados de protección y de las colas que los sujetan? ¿Se puede convertir una intervención planteada como algo puramente temporal en una situación que se prolongue años y años sin pretender que estos materiales sufran ningún tipo de alteración? Conociendo las situaciones con las que a menudo nos enfrentamos, quizá deberíamos ser conscientes de este hecho y actuar en consecuencia, adoptando las medidas de conservación preventiva oportunas que permitan garantizar el buen estado de las piezas hasta el momento en que se pueda llevar a cabo la restauración.

Hasta aquí hemos intentado describir los diferentes problemas que afectan a la conservación de nuestros mosaicos, desde épocas remotas hasta la actualidad; historias de supervivencia que nos han hablado de aciertos y errores. Entre los errores cabría añadir uno más: la indiscriminación que, en el campo del estudio del mosaico y su conservación, han sufrido otras tipologías de pavimentos musivos que, por desgracia, no son tan apreciadas como la técnica del *opus tessellatum*. Nos referimos de forma particular a los casos del *opus sectile* y el *opus signinum*. Si algunas de las historias que hemos relatado haciendo referencia a los mosaicos teselados eran ya dramáticas, cuánto más difícil lo han sido las del resto de pavimentos.



Figura 7. *Sectilia pavimenta* en la *Villa dei Quintilii* (Roma). De los mármoles originales se conservan sólo algunas zonas, mientras que en el resto de la superficie se dejan entrever los estratos preparatorios, donde se observan las improntas de los módulos y los fragmentos de cerámicas que sirvieron de asentamiento a los mármoles hoy perdidos.

Ya desde la Antigüedad los preciados mármoles que componían los suelos realizados con la técnica del *opus sectile* eran demasiado tentadores, por lo que habitualmente eran expoliados y reaprovechados con otros fines, dejando sólo como testigo la huella de sus improntas [figura 7]. Este hecho ha reducido notablemente el número de *sectilia pavimenta* que han perdurado hasta nuestros días. Pero la particularidad de estos suelos no está sólo en la riqueza de sus mármoles, sino precisamente en su técnica de fabricación, según la cual las placas superficiales se apoyaban sobre un mortero, encima del cual se colocaban fragmentos cerámicos o pétreos que permitían asentar y nivelar los mármoles. Es por ello que, en la intervención de los pavimentos *opus sectile*, la premisa fundamental sigue siendo la conservación *in situ* dentro de su propio contexto original, salvando todos y cada uno de los componentes materiales que nos transmiten una valiosa información técnica y sin los cuales el conjunto de la obra pierde gran parte de su significado (Pasíes y Mai 2008).

El caso de los pavimentos *opus signinum* es también particular. Al tratarse de restos mucho menos llamativos a nivel decorativo han sufrido a lo largo de los siglos una mayor desatención, que ha repercutido negativamente en su estudio a todos los niveles. Contamos en la actualidad con varios ejemplares que afortunadamente se conservan *in situ* en diversas áreas arqueológicas; sin embargo, muchos más habrán sido los restos destruidos y los arrancados y reducidos a pequeños fragmentos que actualmente se guardan a pedazos en diversas colecciones [figura 8]. Y es que, en el caso del modesto *opus signinum*, la extracción no es precisamente un proceso que pueda llevarse a cabo con facilidad y sin riesgo ya que, a diferencia de otras tipologías, aquí no podemos distinguir entre superficie y estratos preparatorios y establecer una línea de corte, al estar conformado el pavimento por un bloque de mortero de bastante potencia con numerosos fragmentos cerámicos. La excusa perfecta para defender a ultranza la conservación *in situ* de este tipo de obras.

Las conclusiones que podemos sacar después de este análisis son muchas, pero bastaría con que aprendiésemos de nuestros propios errores y mirásemos al futuro con un cambio de mentalidad. Sabemos que la respuesta efectiva a muchos de los problemas que afectan al campo del mosaico es la conservación *in situ*. Evitaríamos así el trauma de la descontextualización y de la pérdida de elementos intrínsecos de vital importancia [figura 9]. Sin embargo, para este reto debemos estar convencidos todos y cada uno de los profesionales de los que depende la salvaguardia de nuestro legado cultural. Trabajar en equipo, haciendo prevalecer el concepto de conservación preventiva y dando prioridad a un plan integral de actuación a corto, medio y largo plazo, desde el descubrimiento a la musealización del sitio arqueológico, en donde las decisiones se tomaran conjuntamente entre instituciones, arqueólogos, historiadores, arquitectos y, por supuesto, especialistas en conservación y restauración. De ahí en adelante la palabra clave es mantenimiento, mantener para conservar. Sólo así evitaremos poner en riesgo nuestro patrimonio.



Figura 8. Fragmentos de *opus signinum*. Museo Arqueológico de Sagunto



Figura 9. La aplicación de diversas técnicas de tratamiento y consolidación *in situ* es considerada en la actualidad la mejor y más respetuosa alternativa de conservación de los mosaicos.

Referencias

- [1] En la *Carta del Restauro* de 1972, se insta ya a la necesidad de conservar los mosaicos “*en el edificio del que provienen y de cuya decoración constituyen parte integrante*” (Brandi 1988: 136). Esta alternativa, que aboga por realizar tratamientos que permitan la conservación de las obras sin ser arrancadas, es la postura que desde hace años se defiende desde el ICCM (*International Committee for the Conservation of Mosaics*) (Michaelides 2001: 13) y que desde 2008 intenta llevar a la práctica el proyecto *Mosaikon: a regional strategy for the conservation of mosaics in the Mediterranean*. [<http://www.getty.edu/conservation/education/mosaikon/>] [consulta: 15/7/2010].
- [2] En nuestra investigación doctoral sobre los pavimentos de mosaico hallados en la Comunidad Valenciana hemos sido testigos de numerosos hallazgos antiguos de los que restan tan sólo las noticias. El extraordinario conjunto musivo descubierto en el siglo XVIII que debió decorar la villa del Puig, cercana a Valencia, es uno de los ejemplos más dramáticos que recordamos. De todos ellos sólo nos quedan los sencillos dibujos que realizara el conde Lumières en su obra *Inscripciones y Antigüedades del Reino de Valencia* (Valcárcel 1852: 81-85).
- [3] “*Yo no sé á quién se entregaron las llaves, ni qué cuidado se tuvo de ellas, que en lugar de tenerla guardada por las circunstancias referidas, poco á poco se fue abandonando, hasta que la casa quedó abierta á la disposición de todos: por consiguiente los muchachos, y los grandes, que no reflexionaban mas que ellos, acabaron con el Mosaico, hasta quitar todas las piedrecitas, que lo componían, de las cuales yo tengo algunas, que como reliquias me ha dado un sugeto de esta Villa*” (Ponz 1774: 261-262). Actualmente del pavimento original sólo conservamos el dibujo que realizó poco después del hallazgo D. Miguel Eugenio Muñoz, miembro de la Real Academia de

la Historia, y algunos diseños posteriores de otros autores, con ligeras variantes, que se han ido realizando con el paso de los años de las distintas reproducciones (Pasíes 2004: 163-199).

- [4] *“hacia 1940 pude saber de la existencia de un mosaico romano recién exhumado por los jornaleros que trabajaban en el “terrer” (cantera) de una antigua fábrica de hacer ladrillos; cuando me interesé por él, se destruyó a conciencia por temor a que les parasen la extracción de arcillas”* (Mesado, Gil y Rufino 1991: 65). El texto hace referencia a un mosaico aparecido en la villa del Palau de Burriana (Castellón)
- [5] Reciente es el caso de los restos hallados en 2004 en la excavación de Els Alters, en la localidad de Énova (Valencia). De ahí procede un conjunto de pavimentos musivos, en concreto un *opus sectile* y varios fragmentos de mosaico *opus tessellatum* policromo con diseños geométricos y figurativos que decoraban varias estancias de la villa. La ubicación del yacimiento dentro del tramo del tren de alta velocidad obligó a la extracción de los restos y su traslado al Museo de Prehistoria de Valencia, donde actualmente están en proceso de restauración (Pasíes 2006: 151-152).
- [6] El texto nos sitúa en el Cerro de San Cristóbal, un área rural próxima a la localidad de Sinarcas (Valencia): *“... y que allí hubo un piso de mosaico romano lo comprueba el fragmento de mosaico que guardamos en nuestra modesta colección arqueológica (...) El laboreo de este punto han destruido y hecho desaparecer las edificaciones que allí habían existido, en donde se han repetido los hallazgos de objetos, también desaparecidos, pero por los antecedentes se puede afirmar que eran de la civilización romana”* (Martínez y Martínez 1935: 119).
- [7] En Italia se conocen algunos casos documentados desde 1895 de paneles o bloques de reducidas dimensiones, que eran además enmarcados con maderas (Bertacchi 1985: 4).
- [8] El mosaico del Castigo de Dirce, aparecido en Sagunto en 1956, es una de las piezas más interesantes a nivel iconográfico de toda la Hispania romana. Mide más de 100 m² y fue descubierto mientras se realizaban las obras de cimentación del edificio que sería la nueva sede de la Sociedad Musical Lira Saguntina (Pasíes 2004: 181-186). Fue extraído y consolidado con cemento y actualmente se conserva en un almacén de difícil acceso, en lo alto del castillo de Sagunto, fragmentado en piezas de gran peso que repercute en la dificultad de su manejo. Una carga cuya principal consecuencia ha sido la imposibilidad de ser expuesto en su totalidad. En la actualidad, la eliminación de este tipo de materiales y su sustitución por otros soportes más ligeros y estables debe ser una alternativa bien estudiada y sólo recomendada en casos bien justificados, sin provocar un daño mayor en los originales (Maioli 1998: 575-578).

Bibliografía

- BRANDI, C. (1988): *Teoría de la restauración*. Alianza editorial, Madrid (versión española de María Ángeles Toajas Roger).
- BERTACCHI, L. (1985): “I mosaici di Aquilea”, *Mosaics n° 3. Conservation in situ*, Aquilea (1983), ICCROM, Roma: 1-27.
- GÓMEZ, N. P. (1923): “El mosaico de la villa hispano-romana del Pouaig de Moncada, en el Museo Provincial de Valencia”, *Archivo de Arte Valenciano*, IX, Valencia: 54-90.
- IBARRA, A. (1879): *Illíci, su situación y antigüedades*. Establecimiento tipográfico de Antonio Reus, Alicante.
- MAIOLI, M.G. (1998): “Il restauro di mosaici su cemento: una tecnica sperimentale”. En *Atti del V Colloquio dell'Associazione Italiana per lo Studio e la Conservazione del Mosaico*, AISCOM (Roma1997), Edizioni del Girasole: 575-578.
- MARTÍ, L. (1986): *Historia de la Muy Ilustre Ciudad de Liria*, tomo I, Liria.
- MARTÍNEZ Y MARTÍNEZ, F. (1935): “Sinarcas Arqueológica”, *Almanaque de Las Provincias*, Valencia: 119-121.

MESADO, N.; GIL, J. L.; RUFINO, A. (1991): *El Museo histórico municipal de Burriana*. Magnific Ayuntamiento de Burriana.

MICHAELIDES, D. (2001): "The International Committee for the Conservation of Mosaics: profile and strategies", *Newsletter*, 11, International Committee for the Conservation of Mosaics, Roma: 8-14.

NARDI, R. (1994): "Conservazione preventiva dei mosaici nei siti archeologici". En *Atti del I Colloquio dell'Associazione Italiana per lo Studio e la Conservazione del Mosaico*, AISCOR, Rávena (1993), Edizioni del Girasole: 743-749.

PASÍES, T. (2004): "Nuevas aportaciones al conocimiento de los mosaicos romanos en el Camp de Morvedre", *Arse*, Boletín del Centro Arqueológico Saguntino, 38, Sagunto: 163-199.

PASÍES, T. (2005): "Pavimentos y restos musivos de la ciudad de Valencia: situación actual y problemática de conservación", *Braçal*, Revista del Centre d'Estudis del Camp de Morvedre, 31-32, Sagunto: 169-198.

PASÍES, T. (2006): "Intervenciones de Restauración en el yacimiento romano de Els Alters de Énova (Valencia)". En *La villa de Cornelius*, Albiach R. y de Madaria J.L. (coord.), Valencia, 151-152.

PASÍES, T. (2007): "Conservación y restauración de los mosaicos de los Baños de la Reina de Calpe". Ayuntamiento de Calpe.

PASÍES, T.; MAI, C. (2008): "Sectilia Pavimenta de Baños de la Reina (Calpe, Alicante): estudio técnico y proceso de restauración", *R&R Restauración & Rehabilitación*, 17: 70-75.

PONZ, A. (1774): *Viaje por España*, tomo IV, Madrid.

VALCÁRCEL, A. (1852): *Inscripciones y antigüedades del Reino de Valencia*. Memorias de la Real Academia de la Historia VIII, Madrid.



T. Pasies Oviedo.

Museo de Prehistoria de Valencia.
c/ Corona 36, 46003, Valencia.
trini.pasies@dival.es

Trinidad Pasies Oviedo, restauradora desde 2005 del Museo de Prehistoria de Valencia. En 2004 presenta su tesis doctoral sobre conservación y restauración de mosaicos, publicada por la Universidad Politécnica de Valencia. Docente de diversos cursos y master de especialización. Ha realizado estancias de investigación en centros internacionales, entre los que podemos destacar la *Scuola per il restauro del mosaico* (Rávena), el *Atelier de restauration de mosaïques* (Saint-Romain-en-Gal), el *Opificio Delle Pietre Dure* (Florencia), *Ministry of Culture* (Atenas) y el *ICCROM* (Roma).

Artículo recibido el 25/02/2010.

Artículo aceptado el 23/06/2010.